

Alberto de Mingo Kaminouchi, *Introducción a la ética cristiana*, Ediciones Sígueme (Lux Mundi 96), Salamanca 2015, viii + 222 pp.

El teólogo redentorista Alberto de Mingo es el autor de la obra titulada *Introducción a la ética cristiana en el horizonte del Nuevo Testamento*, publicada por la editorial Sígueme. En ella, como buen biblista y moralista presenta de modo muy claro los elementos fundamentales de la ética cristiana y su desarrollo histórico aportando una buena fundamentación neotestamentaria.

La obra se divide en dos partes; en la primera, “Marco teórico de la ética cristiana” presenta, en tres capítulos, cuál ha sido la

evolución en la reflexión sobre la ética cristiana y cuáles son sus fundamentos. En el primer capítulo "Ensanchar la reflexión moral" explica concisamente la evolución de la moral cristiana como disciplina teológica desde su nacimiento en el marco del concilio de Trento en 1563 hasta la moral de la persona y actitudes de los siglos XX y XXI. A través de textos tomados de documentos tridentinos y de manuales de moral muestra cómo el nacimiento de esta disciplina está ligado a la formación de confesores y párrocos con un enfoque claramente casuista pero, también, cómo el énfasis en el siglo XVI de revitalizar la moral provocó no solo su estancamiento sino también su revisión y revitalización dando vida a nuevas formas de espiritualidad y a la búsqueda de una experiencia cristiana profunda en sujetos tan relevantes como Teresa de Jesús o Alfonso María de Ligorio. El Concilio Vaticano II ha sido el segundo gran hito en la formulación de esta disciplina con importantísimas transformaciones con respecto a la moral casuista clásica. Él mismo es el punto de llegada y de partida de nuevas sensibilidades y perspectivas que no entienden el pecado como el objeto exclusivo o primero de la moral, sino al sujeto comprendido en toda su plenitud. Tal y como afirma el autor "la Teología moral no debe limitarse a la enumeración de actos pecaminosos que se deben evitar sino que debe mostrar que la vida cristiana es respuesta positiva de toda la persona a la llamada de Dios (24). Aportaciones como las de Bernard Häring, Anselm Günthör o Marciano Vidal han marcado el camino de una nueva comprensión de la moral de carácter personalista y han abierto nuevas vías de investigación de esta disciplina. La especificidad cristiana (más nutrida de la Escritura), una orientación positiva hacia la plenitud, la eclesialidad y la unidad orgánica, centrada en el amor y la apertura al mundo son cuatro de los elementos fundamentales que han permitido superar la antigua moral de casos. La presentación y valoración del documento de la Comisión Bíblica Pontificia *Biblia y Moral* y los elementos más problemáticos de la Teología moral concluyen este capítulo. El segundo, titulado "Configurados por Cristo", explica los fundamentos de esa moral posconciliar que están directamente relacionados con los cambios en el modo de entender la revelación. La vida cristiana se entiende como respuesta a la llamada de un Dios que desea comunicarse y relacionarse con el ser humano. El camino es dejar de comprender la moral y su praxis como un conjunto de doctrinas a aceptar para presentarla como una relación personal en la que el dinamismo, el cambio, están presentes. Desde esa perspectiva el cumplimiento de normas no es el eje de la moral y por ello la cuestión esencial de la Teología moral no va a ser ya "qué debo hacer?", sino ¿quién debo ser, cómo quiere el Señor que sea? (38). En la respuesta a esa llamada la revitalización del seguimiento de Jesús es fundamental y

por ello la recuperación de su persona y su mensaje. Por este motivo en este capítulo también se presentan los cambios en la concepción del Jesús histórico y en los modos de interpretar el evangelio. El autor destaca cómo en los sinópticos Jesús se muestra “más interesado en comunicarnos quién es el Padre que en decirnos quién es él mismo” y lo hace a través de sus enseñanzas y actos. Con gran claridad analiza cómo estas fueron recogidas y transmitidas y cómo desde muy pronto el seguimiento se comprendió desde una dimensión comunitaria y no individualista. En la última parte de este capítulo, fundamentalmente bíblico, plantea la radical importancia de la encarnación como base para la renovación moral. Pues la *carne*, vulnerabilidad humana, es también el “lugar de profunda comunión con los otros”. En esa visión tan positiva y enriquecedora de las páginas 62-63 se echa en falta una breve mención a las tan arraigadas dicotomías cuerpo/alma o terrenal/celestial, a la necesaria renovación de la antropología teológica, de la escatología o del ritual de sacramentos como la unción o la confirmación para percibir esa centralidad de la encarnación con todo lo positivo que ello entraña. También, aunque el autor lo trabaja con detalle en la segunda parte del libro, se echa en falta desde un principio el plural comunitario y la utilización de categorías veterotestamentarias como Alianza que ahondan en esta respuesta y responsabilidad colectiva. A modo de conclusión puede afirmarse que la ética cristiana está al servicio de una transformación humana ayudando a comprender cómo se articulan las distintas prácticas que constituyen la vida cristiana, ordenada a configurar al grupo y a los creyentes a imagen de Cristo.

El último capítulo de esta primera parte, titulado “Una gramática para la moral” cambia el tipo de lenguaje y fundamentación para proponer elementos nucleares de la moral como ética de las virtudes Apoyándose en la ética aristotélica y desarrollando los planteamientos de MacIntyre presenta los aspectos que desarrollará en la segunda parte. Propone la alegría, la virtud y la amistad como parámetros explicativos. La llamada de atención a la necesaria vuelta a ética de la virtud o a la alegría como signos de plenitud humana son aspectos muy positivos de los planteamientos del autor. En este capítulo se introducen variables bien importantes para la valoración de la praxis como la Tradición y las instituciones necesarias para su sostenimiento. Presenta los riesgos de la institución/institucionalización y la articulación entre el deseo y la voluntad. De este capítulo es destacable cómo se dialoga con lenguajes y fuentes ajenas a la moral cristiana tradicional y lo enriquecedor que ello resulta al posicionarlo tras el capítulo bíblico. La ética de las virtudes se propone como un paradigma que “puede contribuir a com-

pletar el giro personalista que la Teología moral ha asumido desde el Concilio Vaticano II" (90).

En la segunda parte del libro, en otros tres capítulos caracterizados por la excelente fundamentación bíblica, ofrece una propuesta práctica "La vida cristiana a la luz de la felicidad, la virtud y el amor". En el primero reflexiona sobre cuáles son los criterios de *felicidad* en nuestro contexto actual, en la necesidad como un motor de comportamiento y en cómo los criterios economicistas jerarquizan las necesidades del ser humano. Según el autor la causa de la actual crisis de occidente es un sistema cultural, económico y político que ha renunciado en nombre de la libertad del individuo al proyecto de una felicidad socialmente compartida. Frente a ellos, la propuesta de fraternidad y la búsqueda del bien común son el camino hacia una felicidad que sólo se entiende positivamente si es compartida. El Reino se va haciendo presente a través de las transformaciones de las personas y sus relaciones. El modelo se percibe a través de las parábolas, narraciones en las que se invita a "sumergirse" por su gran fuerza simbólica y por su carácter procesual. A través de las parábolas del banquete y de los dos hermanos De Mingo muestra formas de entender el ejercicio del poder o la libertad y cómo ello es de actualidad en nuestro contexto. La reflexión sobre la identidad del Hijo ahonda en la realidad dinámica de la fe y de la respuesta creyente. El capítulo concluye con una interesante reflexión sobre una necesaria ética trinitaria.

La reflexión sobre la *virtud* del capítulo cinco, ofrece de modo sencillo y constructivo no sólo lo qué son las virtudes y su sentido, sino las bienaventuranzas como una forma específica de formulación. Se explica con detalle cuándo y cómo aparecen en el conjunto de los evangelios y se estudian las particularidades de las versiones de Mateo y Lucas. Se estudia cada uno de los *makarismos* y se proponen sus virtudes asociadas como el camino de felicidad para el sujeto. Las bienaventuranzas, dice el autor "apuntan un camino, enumeran aprendizajes que debemos realizar para llegar a la plenitud" (161). Es este un capítulo enormemente sugerente en el que el lector percibe la fuerza de estas bienaventuranzas y su carácter central para la construcción de la comunidad cristiana.

El último capítulo, sobre *el amor*, aborda temas tan densos como la identidad del prójimo, la renuncia en favor de otros, la hospitalidad y la mesa compartida o la vulnerabilidad como elementos sustanciales del ser humano y, sobre todo, cómo el amor se identifica con una búsqueda consciente y deliberada del bien del otro que nos va construyendo como personas en el contexto social compartido del Reino de Dios. La claridad de los ejemplos utilizados y el reco-

rrido bíblico hace de esta reflexión sobre el amor una cuestión práctica, actual y contracultural.

La obra concluye con un epílogo, una bibliografía comentada y un índice de referencias bíblicas, términos griegos y nombres.

A modo de síntesis podría decirse que a través de la reformulación de las virtudes el autor no sólo ahonda en el significado de los textos neotestamentarios sino que propone la revisión de ética cristiana y de su entidad como disciplina teológica. Las prácticas cristianas, individuales y colectivas, se entienden siempre en diálogo con un individuo y una realidad cambiantes que ofrecen nuevos retos a cada generación y buscan la plenitud y felicidad del ser humano y de todos los seres humanos en un horizonte en el que Dios se hace presente. El conjunto es un ejemplo práctico de una moral que sigue las orientaciones postconciliares en la que la fundamentación bíblica es nuclear y en la que la praxis individual no se entiende sin la referencia a la construcción de la comunidad humana.

*Carmen Yebra Rovira*